

## RODO Y LA UNIDAD DE AMERICA

*Por SANTIAGO P. MINETTI*

En Montevideo que en esa época, señalaba en su estructura urbana las avanzadas de una transformación que pronto habrían de distinguirla como una de las más modernas ciudades de América, el 15 de julio de 1871, nació José Enrique Rodó.

Se cumplieron ayer los 111 años que en la casa de la calle de los Treinta y Tres casi Buenos Aires, expropiada por el Poder Ejecutivo por ley N° 13.032 para sede del Museo Rodó, que nació en el hogar de los esposos José Rodó y doña Rosa Piñeyro, uno de los hijos más ilustres y dilectos de la República y uno de los talentos más esclarecidos de América.

Fue el menor de siete hermanos, entre ellos, Alfredo, también escritor y su hermana Isabel que le dio las primeras enseñanzas escolares.

Más tarde, otros maestros, don Pedro José Vidal y luego su ingreso en la Escuela Elbio Fernández, “la primera escuela laica y libre”, dice Hugo Barbagelata, que había en el país”.

Poco más que niño ya Rodó leía y releía libros, de la nutrida biblioteca de su padre. Era don José Rodó un espíritu cultivado, en quien se conjugaban como nos dice César Tiempo, “las más recias virtudes de la estirpe catalana”.

Don José Rodó —dice Tiempo— era un comerciante levantino imbuido en el liberalismo romántico de su época que sabía alternar la tertulia con el mostrador, el libro galvanizante con las cifras bancarias. Fue amigo de Florencio Varela, de Alejandro Magariños Cervantes, de Vicente Fidel López.

A través pues, de padres, hermano y de la biblioteca hogareña, inicia Rodó su formación cultural. Lector incansable y talento superior, nada puede extrañar que ya desde su primera juventud, con los primeros frutos de su inteligencia privilegiada y ya con el dominio de un estilo de una pulcritud excepcional, desde sus primeras publicaciones, asombre.

Así como seleccionó lecturas, también las amistades; cultivó aquellas que eran afines con sus predilecciones. Se recuerda el grupo que formó con Víctor Pérez Petit, y con los hermanos Carlos y Daniel Martínez Vigil.

Con éstos, amigos y a su vez prestigiosos escritores, críticos y docentes, dirigió la Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales cuyo primer número apareció el 5 de marzo de 1895.

En esa revista publica "El que Vendrá" y con este artículo, su revelación como escritor y pensador.

En 1898, profesor de Literatura en Secundaria y periodista en "El Orden"; más tarde, lo sería en otros órganos de prensa y de 1912 a 1914 escribió en "Diario del Plata".

Fue Presidente —primer presidente del Círculo de la Prensa—. Extraordinario su discurso al asumir dicho cargo.

Se ha dicho que dictó ejemplo de vocación en el periodismo, afirmándose que si todas las profesiones requieren para su autenticidad de ejercicio la vocación, pocas como el periodismo la tienen como medular condicionante. En este ejercicio, escribió Marco Zoboll, fue un creador. "Superó la fría mecánica del oficio para poner en él su talento. En distinta medida todos pueden "crear" con mayor o menor capacidad. Para ello sólo hay un camino: un gran amor por la profesión".

"Es así como se unen las condiciones de columnista y escritor, es así como se da dimensión a la labor periodística comunicando con fecundidad al lector". "Rodó —afirma Zoboli— nos marcó una funcionalidad profesional, en la faz técnica, ética, humanística; nos ubicó moralmente en el ejercicio.

Poco tiempo en su labor de Profesor de Literatura —estuvo tres años en la Cátedra— como breve su pasaje por la Dirección de la Biblioteca Nacional por cuya reorganización había trabajado conjuntamente con Juan Paullier y Víctor Pérez Petit.

Esto ocurre en 1901, el año en que publica "Ariel". Dice, Tiempo, que lo había escrito dos años antes, cuando tenía 28 años de edad.

Con "Ariel" irrumpe Rodó en forma consagratoria en las letras hispano-americanas.

El libro —menos de 150 páginas— es un mensaje a la juventud americana, sobre él Rodó construyó su propia estatua.

La juventud lo agitó como una bandera, como lo que era, una bandera del idealismo, una bandera para con ella al frente guiar y difundir las virtudes de la raza y la indestructible conciencia unitaria de la Nación Americana.

Cuando aparece, España y América, sufren con intensidad el sacudimiento que produce "Ariel". España, madre del idioma, América, estremecida por el Mensaje.

Los grandes escritores y críticos de España no pueden sustraerse a la admiración que produce la pureza y riqueza idiomática que acredita Rodó y la elegancia y pulcritud insuperable del estilo.

Andrés González Blanco lo llama el mago de la prosa hispana y lo consi-

dera superior a Valera en flexibilidad, a Pérez Galdós en elegancia, a la Pardo Bazán en exquisitez”.

Se le consideró el mayor prosista de la lengua en su tiempo y Zorraquín Becú, señala que en América entonces estaban Varona y Justo Sierra y en España, Valera y Menéndez y Pelayo.

Con “Ariel”, Rodó quiso iluminar el destino de América. Fue un heraldo de la conciencia continental. Poeta de las ideas se ha expresado, convirtió en mito sugestivo y creador unas cuantas palabras: juventud, idealismo, porvenir, renovación y con esas solas sonoras esencias, vivificó el espíritu de las generaciones como para que ella responda y se adecue a la idiosincrasia de los pueblos.

Llenó su espíritu de principios morales, de bondad y de belleza y en “Ariel” los prodigó como siembra para exaltar en la juventud fe en la vida y perseverancia en el esfuerzo para conquistar el porvenir.

Exaltó esos valores con el ejemplo de la juventud de Atenas que nos había proporcionado el “milagro griego”, mezcla inimitable —dice Rodó— de animación y serenidad, una primavera del espíritu humano y una sonrisa de la historia”.

Deber del hombre, para Rodó, desarrollar todas sus facultades, sin distorsionar unas ni empequeñecer otras, dejando siempre las aberturas necesarias para el vuelo de los ideales.

Quién como el Maestro de “Ariel”, afirmó los puros valores del espíritu, quién aconsejó vivir en la alegría, en el entusiasmo, en el optimismo, en la fe de los ideales, quién rechazó al materialismo que niega las nobles esencias del alma y vio en la razón, en la cultura, en la inteligencia, los medios fecundos de realizar un mundo mejor, no puede con su fe en el hombre y en sus posibilidades que ser, lo que Rodó fue: un pensador, con fe en la democracia.

Si los valores que el Maestro cita son los instrumentos de la democracia, la actuación política de Rodó —diputado por dos legislaturas— es el ejemplo de un demócrata.

En una nota sobre “Rodó en la Política”, confirma Joaquín de Salterain: “Su política no era la del éxito momentáneo, la de los acomodados personales ni la del odio a cuanto no comulga en el altar de las concupiscencias vulgares, sino la del triunfo futuro, la de la comprensión exacta de todos los desniveles humanos y de todas las amarguras silenciadas: la de la tolerancia que explica, la benevolencia que disimula y la equidad que repara”. Finalmente valga esta su afirmación: “el único medio de garantizar la paz de una manera estable y duradera es la práctica leal y resuelta de las instituciones en el régimen franco de la legalidad”.

“El americanismo de Rodó —se expresa en el prólogo del Discurso de Chile, publicaciones del Sesquicentenario de los Hechos Históricos de 1825— es uno de los aspectos más trascendentes de su ideario, uno de los mirajes que concitó la ardida atención, la permanente vigilia a través de su obra entera”.

“Ariel” que lo consagra como Maestro de la Juventud de América está escrito con el noble propósito de afirmar la unidad americana mediante la conservación en sus pueblos de los rasgos tradicionales comunes, creadores de las identidades que dieron fisonomía a la América hispana. El destino histórico de la Revolución americana de 1810 —dice Rodó— fue traer a la paz de la Tierra una perenne armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las Instituciones; por la contigüidad geográfica y por todo cuanto puede servir de fundamento a la unidad de una conciencia colectiva”.

Alcanza el concepto precedente para señalar la vigencia del pensamiento del Ilustre Maestro.